



Desmenuzando unos textos empapados de vida

En los textos bíblicos que se van proclamando estos días en las celebraciones eucarísticas de los domingos pascuales, en concreto en los evangelio, Jesús resucitado nos va revelando su identidad más profunda. Tiene una especie de sabor a Emaús que la Iglesia “paladea” en estos días de gracia.

El Señor, que vive para siempre, nos muestra cómo hace suyo el mismo nombre de Dios. El que se reveló a Moisés en la sobrecogedora escena de la zarza ardiente. Cuando el profeta pidió al Altísimo, que le hablaba desde la zarza de fuego, que le revelara su nombre, el Señor respondió diciendo: “יהוה /Yo soy” (Ex 3,14). Es el inefable tetragrama divino de YHWH. Más aún, le dice lo que va a hacer:

Bajar, sacar, subir. Dios bajo para sacar su pueblo de la situación en la que se encuentra y hacerle subir a una tierra *fértil y espaciosa, que mana leche y miel* (Ex 3,18).

Los israelitas, por mediación de Moisés, van a renacer desde el amor de Dios. En esta tarea nada fácil, Yahvé le hace una promesa: “*seré-estaré contigo*”.

Es el misterio de la redención humana que llegará a plenitud en Cristo y, proféticamente, fue llevada a cabo con el pueblo de Israel.

De ahí que Jesús, como desde una nueva zarza ardiente, nos manifieste que “*cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que “Yo soy”* (Εγώ εἰμι /Egō eimi). (Jn 8,28).

En este día en el que celebramos que “*la misericordia del Señor llena la tierra*” (Ant. de entrada sl. 32,5-6), el Señor resucitado matiza aún más:



“*Yo soy el buen (καλῶς/kalós) pastor*”. El término griego kalós, traducido por bueno, significa también hermoso; san Juan lo refiere siempre a Cristo y, por tanto, a su misión. Tarea buena y hermosa la llevada a cabo por el Mesías de Dios, en la que alcanzó plenitud la realizada por Moisés en la tierra del Faraón.

Es una imagen, la de pastor, que se le ha dado a Yahvé para ser invocado y alabado. Así lo encontramos en el libro de los salmos donde se dice: “*Pastor de Israel...*” (Sal 80, [79] 2). De la rumia interior de este quehacer divino, emergen cuatro aspectos fundamentales que indican el valor que tiene esta imagen bíblica:

- a) **Guiar.** Hace salir y entrar, guía, camina delante.
- b) **Cuidar.** Proporciona alimento y agua al rebaño, lo protege, lo mantiene seguro en el redil.
- c) **Defender.** Guarda a sus ovejas de los ataques de bandidos y ladrones, de las trampas de las fieras, las reúne.
- d) **Conocer.** Es lo que une a (Jesús) las ovejas: un *conocimiento de amor*. Jesús intima con los suyos dándoles la vida eterna (Jn 10,27-28), y estos, a su vez, lo conocen a través de un saber que brota de la fe en él (Jn 14,7.9; 17,3) y que se hace comunión con él.

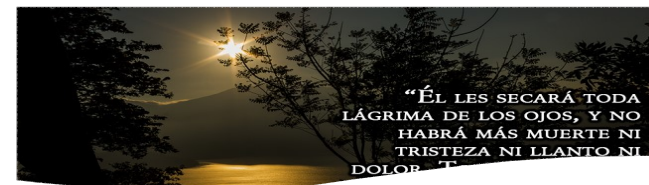
Es fácil comprender por qué se aplicó a Yahvé esta imagen y Jesús hace suya. En cierta ocasión afirmará: “*Sin mi no podéis hacer nada*” (Jn 15,5): la existencia del rebaño depende totalmente del pastor y el pastor, por cuidar al rebaño, abandona su vida familiar. Es el misterio de la encarnación; del “**bajar**”.

La metáfora del rebaño nació para describir a Israel en el desierto: hambriento, sediento, quemado por el sol... Si lo traducimos en clave “**sacramental**” podemos aplicarlo

a la Iglesia. Como los israelitas, hemos atravesado nuestro mar Rojo —el bautismo—, pero queda por delante toda una travesía en el hoy de nuestra vida en la que, débiles y errantes, agobiados por las dificultades y persecuciones, vamos hacia el reposo de Dios (Hebreos 4,11). De ahí que, en la oración colecta del día, pidamos a Dios Padre: “*condúcenos a la asamblea gozosa del cielo, para que la debilidad del rebaño llegue hasta donde le ha precedido la fortaleza del Pastor*”.

Es el destino final al que nos quiere llevar (**subir**) Cristo, y que está recogido en el libro del Apocalipsis, donde se nos dice:

“*Ya no tendrán hambre ni sed, ni el sol ni ningún calor los herirá más, porque el Cordero, que está en medio del trono, los pastoreará y los guiará a manantiales de agua viva; y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos*” (Ap 7,16-17).



Son los pastos eternos a los que son conducidas las ovejas que han sido redimidas por la sangre preciosa del Hijo (or. para después de la comunión). Tarea, quehacer hermoso el que lleva a cabo quien de sí mismo afirma: “*Yo soy*”. En esta obra de misericordia no está solo. A Moisés Yahvé le manifestó: “*Yo estoy contigo*” (Ex 3,12). Jesús nos dice: “*El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada*”. (Jn 8, 29).

Sigamos el consejo de San Basilio: “*Miremos a nuestro pastor, Cristo... Se regocija con las ovejas que están cercanas a él y va en busca de las extraviadas. No teme montes y bosques; recorre barrancos hasta llegar a la oveja perdida. Y aunque la encuentre en estado lastimoso, no se encoleriza, sino llevado por la compasión, la toma sobre sus hombros y, de su propio cansancio, cura la oveja cansada*”.



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Salmo 117, 1 y 8-9. 21-23. 26 y 28-29 (R.: 22)

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,
mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes.
Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación.
*La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.*
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.
Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor.
Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo.
Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Con el salmo 117 [118], complejo y solemne, se concluye el llamado "Hallel egipcio" que se inicia con el 112 [113]. Se le denomina así, porque era tradición en el pueblo de Israel cantarlo en las mas grandes fiestas del calendario bíblico: Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Se interpretaba en el templo de Jerusalén durante la inmolación del cordero pascual; de este modo recordaban el hecho de haber sido liberados de la esclavitud de Egipto. En la celebración familiar de la Pascua, también tenía su lugar.

Del libro 2º de las Crónicas (35, 15) se deduce que ya en tiempo del rey Josías se celebraba esta liturgia en el templo de Jerusalén en la fiesta de Pascua; también en tiempo de Ezequías y en el mismo lugar (30, 24). El Libro de la Sabiduría (17, 9) de igual modo lo cita y los evangelios, al relatar la última Pascua que Jesús celebró con sus discípulos (Mat. 26, 30 y Marcos 14, 26), a él aluden.

En este domingo del buen pastor se utilizan unos versículos como responsorial. De este modo se celebra que la antigua alianza encuentra su plenitud en la nueva, que está fundada en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. **El buen pastor, Cristo-Jesús, es la piedra angular.**

La piedra angular es la que sujeta la bóveda. Encajada entre los dos lados inclinados, los mantiene unidos. ¿Cómo algo tan pequeño es capaz de producir efectos tan grandes? Porque no suma, sino que completa haciendo posible que el edificio se mantenga en pie.

Hemos de aprender a poner la Palabra en el centro de nuestra vida, como piedra angular, a fin de que nuestra fe no se disperse paulatinamente en formas decadentes de religiosidad superficial, fruto de una sociedad que invade nuestras conciencias con mensajes, imágenes y recordatorios que no siempre son caminos de esperanza.

Su tarea principal, como "piedra angular", es velar, guiar, proteger y lo hace poniendo "luz".

Jesús es "Buen Pastor", no porque sepa gobernar, dirigir y velar mejor que los demás, sino porque es capaz de "dar la vida" por muchos. Es lo que le convierte en piedra angular. Una frase, confesión de fe, que deberíamos rumiar en el santuario del corazón.



"La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular".

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis

IV Domingo de Pascua "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

En aquel tiempo, dijo Jesús:
—«Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir el lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo hace estrago y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas.
Yo soy el buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que al Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas. Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño, un solo Pastor.
Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre».